

movido el Capitán, la admitió á bordo; pero al desembarcar en Cádiz, el reo fué encerrado en una fortaleza, y entonces, aquella sublime mártir del amor, sola, desamparada en una ciudad desconocida, desfalleciendo de hambre, transida de frío, aterrada al verse envuelta entre las sombras de la noche, fué á pegar sobre las húmedas paredes de la prisión sus brazos y su rostro más helados todavía que ellas, exclamando, tal vez, como las pálidas vírgenes de Sion inclinadas sobre el *muro del llanto*, de los hebreos: «¿Cuánto tiempo aún, Señor?..... ¿Cuánto tiempo?..... Compadecidos los carceleros ¡compadeciéranse los piedras! ante tan inmensa pasión y ante infortunio tanto, abrieron las puertas de la prisión á aquella desgraciada. Cinco años permaneció junto á su bien amado, sumergida con él en infecto calabozo, privada, como él, de la luz y del aire vivificante de la libertad. Al cabo de esos cinco años los separó la única que hubiera podido separarlos: la muerte.... Murió Abasolo, y su viuda, después de darle piadosa sepultura en extranjero suelo, volvió al que la había visto nacer, trayendo sobre su rostro la lividez impresa de indeleble manera, como en el de la viuda de Traseas, pero sin traer como la de Germánico, el triste consuelo de apretar contra su corazón las cenizas del que había sido la única concentración de sus púdicos amores.

\* \*

El mas galano acaso de nuestros escritores contemporáneos, Don Ignacio Ramírez, dice, refiriéndose á la Sra. Doña Josefa Ortiz de Domínguez: «¡Qué ánimo tan esforzado se necesitaba entonces, entre los dijes del tocador y las devociones del oratorio y las preocupaciones de raza y el orgullo de una clase distinguida, para comprender el amor á los esclavos, para transportarse á la esfera de la democracia, para desoír los anatemas de la Iglesia, para desdeñar los insultos de parientes y amigos, para estrechar entre sus brazos cubiertos de gasas, al ensangrentado pueblo, y para sacrificar marido, hijos, hermosura, riqueza, todo, por dirigir desde las rejas de una prisión, el primer saludo á la patria!..... Doña Manuela Rojas Taboada todo lo sacrificó también: juventud, linaje, hermosura, riquezas, creencias; todo, como ánfora henchida de diamantes y de perlas, lo volcó ante las gradas del templo de su amor y fué por el amor como pudo asociar su nombre á la causa de la reivindicación de un pueblo escarnecido y vejado por los aperreadores y herradores de esclavos, que implantaron la conquista y por los bandidos, incendiarios y asesinos que trataron de sofocar la Independencia, así

como por haber amado mucho también pudo igualmente identificar el suyo con la causa de la regeneración de la humanidad, aquella otra mujer que envolvió con sus besos, con sus lágrimas y con el áureo manto de sus rubios cabellos, los pies del Crucificado de cuyos labios, como lampo de luz rielando sobre el oscuro fondo de la antigüedad; brotaron como un iris de paz, estas palabras: «Amaos los unos á los otros.»

EDUARDO E. ZÁRATE. (1)



## VESPERTINA

\* \*

Los tardos bueyes de paciente paso,  
Rompen las glebas de la mata inculta,  
Con el arado corvo. En el Ocaso,  
Trémulo el sol su resplandor sepulta.

\* \*

El céfiro retoza en la pradera,  
Besando al lirio que de amor ondula,  
Y la cigarra tímida y parlera  
Su monótono cántico modula.....

\* \*

Y mientras con fulgente pedrería  
La tarde brilla, con sus luces bellas  
Muere entre nubes de topacio el día  
Y en el Oriente asoman las estrellas.....

\* \*

¡Oh calma de los bosques donde anida  
La paloma torcaz de suave canto!  
Al tierno pecho tu quietud convida  
A soñar bajo un cielo de amaranto.

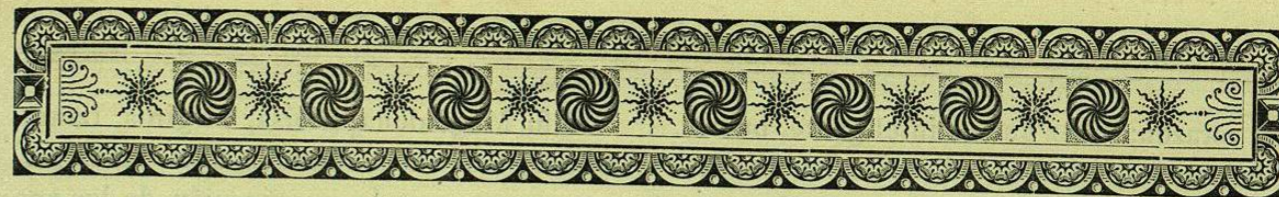
\* \*

Ven, dulce amigo; huye la tristeza  
En el prado feraz de ninfas lleno:  
La calma te dará Naturaleza  
En su tranquilo y amoroso seno. †

Córdoba—1895.

A. CARRAL.

(1) Catedrático de Historia de México en la Escuela Normal para profesores, de la ciudad de México.—(N. del E.)



## LA ÚLTIMA PÁGINA



ACABO de doblar la última página de un libro encantador y absurdo; sí, absurdo para mí. La última hoja de un libro es como el último adiós, la última palabra, la última mirada de la mujer que hemos amado; cuando se cierra un libro, es como cuando se cierra un ataúd: ¡perdemos algo!

Las páginas que hoy me han hecho soñar algunas horas, son un estudio psicológico de la amistad. Luis, mozo de gran corazón y clara inteligencia, conoce, á los veinte años, á dos jóvenes nobles y ricas, dos primas, dos beldades. Eugenia llega á ser su amada y Julia su amiga. Era en un bosque: la tarde moría. La luna plateaba por un lado las hojas que las sombras bronceaban por el otro, y que al agitarse remedaban el leve rumor del vuelo de un ave. El sendero, demasiado ancho para una sola persona, era cómodo para dos que querían hablarse sin testigos; un vapor túbio se exhalaba de la tierra y se mezclaba á la frescura de la tarde. Respirábase un ambiente embriagador. La naturaleza produce á veces, en el alma, el mismo efecto que el vino en el cuerpo. Era una de esas noches en que parecía natural ver á una ninfa cruzar la selva y esconderse en la espesura al sentir pasos extraños.

Julia se detuvo de repente, fijó sus ojos en Luis, y le dijo:

—¿Creis que es posible la amistad entre un hombre y una mujer?

—Estoy seguro—respondió él—de que se puede querer á una mujer, sin que ese cariño pueda llamarse amor.

He ahí el tema de la novela, y lo que, quien la escribió, se propone demostrar en doscientas páginas tan hermosas como inverosímiles. No se trata de ese sentimiento natural de simpatía, de esa atracción franca, confiada, que nos permite estrechar la mano de una mujer, sin pensar en que es mujer; no se trata de ese cambio superficial de formalidades sociales que establece la costumbre de llamar amigo á quien no nos es del todo desconocido. Se trata de ese sentimiento profundo, intenso, que mantiene en continuo contacto y en comunicación constante á dos seres; que les hace confiarse mutuamente aquellos secretos íntimos que sólo se confían á Dios. ¿Es posible que esa amistad, idealizada así, pueda existir siempre pura, siempre desinteresada y siempre tranquila entre un hombre y una mujer?

¡Oh! los que esto sostengan no tienen corazón, ni han sentido ese fuego voraz que arde en el pecho, martirizándolo como aquella vestidura mitológica abrasaba, con inextinguibles ardores, las entrañas del que con ella se cubría! Creo que puede haber amistad entre un hombre y una mujer; pero creo también, como Saint-Beuve, que esa amistad es necesariamente, «el prefacio del amor.» El inmenso vacío y el anhelo inmenso de un corazón lleno de savia, no los colma la amistad.

Admirar y querer á una mujer; repetir su nombre en la noche y en la aurora; iluminar, con su recuerdo, las horas de sombra; poblar con su imagen la soledad del pensamiento y

del corazón; saber que es inteligente, buena y hermosa; sentir á su lado todos los consue- los y todas las esperanzas, y llamarla seca- mente *mi amiga*, no es posible. Amistad, amor; cambiad las palabras, pero el senti- miento quedará inmutable: la amistad entre un hombre y una mujer, eso es precisamen- te lo que se llama amor.

La amistad consuela, pero el amor engran- dece y purifica: yo sé que Jesús perdonó á la mujer caída, no en nombre de la amistad, si- no en nombre del amor «*quia dilexit*,» porque ¡había amado mucho!

Yo no envidio á los que rien — dice con ternura el melancólico Becquer— se puede vivir sin reírse..... ¡pero no sin llorar alguna vez! —Así también se puede vivir sin amis- tad..... pero sin amor ¡nunca!

El que no ha sentido un día abrirse á su espíritu, deslumbrado y enardecido, todo un mundo de armonías y de misterios inefables con estas solas palabras: «Yo te amo,» es un ser imperfecto ó un organismo enfermo. Y tan cierto es esto, que en aquel librito de que hemos hablado, el rubio y pálido Luis, á quien bastaba la amistad para vivir, muere de aneurisma del corazón.

Las noches silenciosas, pobladas de ensue- ños y de fantasmas; las siluetas sombrías de las montañas, que se alzan como un telón gigante para impedir que veamos más allá; el rumor sordo del mar que se estrella con- tra las rocas ó besa dulcemente la playa, el murmullo doliente de la brisa que se desliza entre las hojas de los árboles y mece, como la cuna de un niño, el nido de las aves; el sus- piro misterioso de la virgen que ve pasar blancas ilusiones con alas de paloma por su imaginación soñadora, la dulce ó ardiente mirada recogida al pasar y que habla ese len- guaje mudo que sólo entienden dos corazones; los perfumes que exhalan las flores al abrir su cáliz con la aurora ó al cerrarlo en las tardes del estío, todo, en fin, en aromas ó armonías, todo murmura: ¡Amor!

Desgraciados los pobres sordos del alma que nunca han oído ese concierto infinito y universal que se remonta al cielo embelle- ciendo la tierra.

Safo, Magdalena, Eloisa, Virginia, Laura, Beatriz, sublimes sombras que vagáis per- petuamente por la imaginación de los que empiezan á amar, ¿no es verdad que no ha- bríais comprendido la vida si os hubieran pe- dido amistad en vez de amor? Y sin embar- go, contra esas personificaciones verdaderas del corazón humano, la novela quiere oponer un Luis de convención, que prefiere la amis- tad al amor: Luis pierde á su amada y se consuela al fin; pierde á su amiga, y muere. Comprendo la muerte de Werther, no com- prendo la de Luis.

\* \* \*

El que no tiene un amigo, no es digno de tenerlo. ¿Cómo atravesar solo el áspero ca- mino de la vida, sin confiar á nadie las penas ni las alegrías? Pero hacer de la amistad, la afección única y dominante de la existencia, es reducir demasiado los horizontes sin lími- tes del sentimiento. Hay siempre una estre- lla en el cielo, que distinguimos entre las de- más, una melodía favorita, un libro á que da- mos preferencia; pero sería una preocupación lamentable cerrar los ojos á los demás astros, los oídos á otras melodías, la inteligencia á to- dos los libros. Así también, se puede ser ami- go de una mujer, pero á condición de amar á otra. Buscad la amistad, pero buscad tam- bién al amor.

Todo el talento de una mujer; porque una mujer ha escrito la melancólica y romántica novelita de que Luis es protagonista, no ha podido disfrazar la verdad, y en uno de esos momentos en que el pensamiento no quiere mentir, exclama ingenuamente: «La vida de una mujer no tiene más que un día, aquél en que ama» ¿Cómo creer en la amistad sencilla de una mujer, después de esa confesión?

Hay en este asunto de la amistad un tema fecundo de observación; pero el tiempo vue- la, como suelen volar el amor y la amistad. Yo tengo ya formado mi Evangelio; cuando vea á un amigo, uno solo, al lado de una mu- jer, le preguntaré como Otelo: «Desdémona, ¿has elevado, esta noche, una oración á Dios?»

ANSELMO DE LA PORTILLA Y VILLEGAS.

## LA MISA DEL ALBA

(De «MIS VERSOS INOCENTES»)

## I

¿Lo conoces? Es un cuento  
Con que divierten las madres  
A los niños, en las frías  
Tristes noches invernales,  
Mientras ese vagabundo  
—El viento— silba en las calles  
Sus baladas quejumbrosas,  
É invisibles manos ágiles  
Tamborilean en todos  
Los empañados cristales.  
¿Quieres oírlo? Pues mírame  
Profundamente: que radien  
En tus pupilas de ónix  
Las arenas de diamante  
Que se encienden en tus ojos  
Cuando quieres deslumbrarme.  
¡Oh versos! ¡Aves ingratas!  
Volved á emprender el viaje,  
Ya volvió mi primavera,  
¡Oh versos, ingratas aves!  
¡Abrid las alas azules  
Y anidad en mis romances!

## II

Hace mucho tiempo, mucho,  
Muchos años, siglos hace  
Que aquella iglesia ruinosa  
Parecía, en lo distante,  
Un capricho de las brumas  
Suspendido de los árboles.  
A lo lejos, era masa  
Informe; mas acercándose  
Claramente se veían  
Dombos, torres, arquitebras,  
Un pórtico hecho pedazos,  
Grifos, endriagos, arcángeles,  
Y en equilibrio pasmoso,  
Columnatas por los aires.  
Y los fragmentos de muros,  
Cual desgarrados velámenes,  
Recortaban las lejanas  
Y azules diafanidades.  
..... En aquel claro de bosque,  
Leprosa, desmoronándose,  
La iglesia muda y sombría  
Meditaba.

—Los diamantes  
De tus pupilas fulguran;  
¿Me alientas?..... Pues bien; que radien  
¡Oh romántica!

Hace tiempo  
Mucho tiempo, siglos hace.....

## III

Pero como no hay tristeza  
Sin consuelos, la gigante  
Ruina triste y silenciosa

Gozaba en sus soledades.  
Por las mañanas —¡Si vieras!.....—  
Al rayar el deslumbrante  
Primer brote de luz virgen  
El fondo del lapislázuli  
Del horizonte, salían,  
De los frisos y arquitebras,  
Del gótico campanario,  
De las alas de los ángeles,  
De los muros cincelados,  
Del nicho de las imágenes,  
Los pájaros, en bandadas  
Bulliciosas y cantantes.  
Y cuando el sol encendía  
Sus vivos arcos triunfales  
Tras las montañas borrosas  
Y las nieblas del paisaje,  
En las rotas columnatas,  
En los torcidos pilares,  
En las truncadas agujas,  
En los huecos de las naves,  
Brillaban— hechas de átomos  
Inquietos y centellantes—  
Sutiles gasas de oro  
Como girones de chales.

## IV

¡Ah! No está sola la iglesia;  
Hay creyentes como antes;  
¿No ves cuántas charladoras  
Golondrinas en el ábside?  
Son las monjas de este templo.....  
Los gorriones son los frailes.....  
En las guirnaldas de piedra  
Hay muchos nidos.

Y salen  
De las negras hendeduras  
En cortinas de follaje,  
Las moradas campanillas,  
Las caléndulas salvajes,  
Los jacintos de alabastro,  
Los bermejós tulipanes,  
Las margaritas silvestres,  
Y, bordando el cortinaje,  
A trechos —manchas de púrpura—  
Los mirtos color de sangre.  
Y las felpas de los musgos  
Verdinegros y joyantes,  
Festonean los contornos  
Con tapicerías árabes,  
Que parecen desgarradas  
A los impulsos del aire  
En calados rosetones  
Y tréboles colosales.  
¡Ah! La iglesia no está sola;  
Hay creyentes como antes:  
Es la misa de las flores;  
¿No ves cómo los rosales

Por la tosca escalinata  
 Extendieron sus ramajes?  
 Suben, suben en tumulto:  
 Son devotas matinales,  
 Religiosas campesinas;  
 Van al templo..... Ya es muy tarde!  
 Las violetas han llegado  
 Hasta el coro, y columpiándose,  
 Hacen de cada corola  
 Un incensario fragante.  
 Los claveles han erguido  
 Sus pompones, en falanjes,  
 Las ortigas ornamentan  
 El ara de los altares,  
 Y la amapola que tanto  
 Cuida el raso de su cáliz,  
 Se asoma entre el espinoso  
 Laberinto de zarzales.  
 Es la misa de las flores...  
 Hay procesión: un enjambre  
 Tornasolado, intranquilo,  
 De libélulas errantes.  
 La yerba, menuda y verde,  
 Se inclina..... Ofician las aves.....  
 ¡Ah! la iglesia no está sola  
 Hay creyentes como antes.  
 La tristeza halla consuelo;  
 Y aquella ruina gigante,  
 Llena de antiguas memorias  
 Y de eternas soledades,  
 Medita:—¡Oh Naturaleza,  
 Eres madre, buena madre!

## V

¡Pero qué triste te pones  
 Templo en ruinas, por las tardes;  
 Cuando se duermen los pájaros,  
 Las flores cierran sus cálices,  
 Y las parásitas negras  
 De las bóvedas, pintándose  
 Sobre el Ocaso, parecen,  
 Inmóviles, rectas, grandes,  
 Como fúnebres airones  
 De cimbras de gigantes!  
 Largo, horizontal y débil,  
 Fatigado del viaje,  
 Como un venablo de oro,  
 Llega á prenderse un instante  
 En la cruz del campanario  
 Que al cielo sus brazos abre,  
 Un rayo; ¡el último aliento  
 De la luz agonizante!  
 ¡Tornad, como siempre, frías,  
 Sigilosas, impalpables,  
 Oh tinieblas, las calladas,  
 Las traidoras, las constantes!  
 ¡Tornad! ¡Y la triste iglesia  
 Medita: ¡Oh Dios! ¡Cómo arden  
 Las estrellas! ¡Qué infinita  
 Fulguración de diamantes!  
 Es una capilla ardiente  
 El espacio..... ¡Qué millares  
 De lámparas en el cielo!  
 ¡Qué transparencia en los aires!  
 ¡Ay! ¡Si viniera algún astro  
 En mis sombras á clavarse!  
 ¡Ay! ¡Si alumbraran mis sombras  
 Sus trémulas claridades!

## VI

Una noche de Diciembre.....  
 ¡Cómo fué? ¡Nadie lo sabe!.....  
 Noche fría, tanto, tanto,

Que en los cielos radiantes  
 Las estrellas derramadas  
 Como lluvia de azahares,  
 Temblaban..... Y llegó solo,  
 Triste y solo, el caminante.  
 Entre las hojas de espino  
 De un capitel, que volcándose  
 Sobre la yerba del suelo  
 Era un vaso de follajes,  
 Colocó el bordón nudoso,  
 Siguió luego hacia adelante,  
 Trepó por la escalinata,  
 Cruzó el pórtico. Las aves  
 Cuchicheaban:—¿Quién viene?  
 ¡Es un santo? ¡Es una imagen  
 Desprendida de su nicho?  
 No: es un hombre.

El caminante  
 Se borró, al fin, en el fondo  
 De las sombras impalpables.

## VII

.....De repente, crujió el templo,  
 Y relámpagos fugaces  
 Cruzaron la sombra, como  
 Luminosos estandartes.  
 ¡Y se hizo el milagro! El pórtico  
 Se alzó, severo y triunfante,  
 Se completaron los muros,  
 Y se irguieron los pilares,  
 Y se abrazaron los arcos,  
 Y se combaron las naves.  
 La arquitectura gallarda,  
 Esbelta, elegante, ágil,  
 En una ascensión gloriosa  
 Fué elevándose, elevándose,  
 Hasta clavar sus agujas  
 En el zafir!— Ni un detalle  
 Perdió: ni santos, ni reyes,  
 Ni en la ojiva, los cristales,  
 Ni en las guirnalda, las hojas,  
 Ni en los muros, los encajes,  
 Ni en las piedras, las aristas,  
 Ni las vetas en los mármoles.  
 Hasta la herrumbrosa máquina  
 Del reloj, pausada y grave,  
 Comenzó á seguir el tiempo,  
 Grano á grano, instante á instante.

## VIII

¡Cuánta luz en la tallada  
 Cancela!..... ¡Qué! ¿Viene alguien?  
 A lo lejos un reguero  
 De antorchas inunda el valle.  
 Y en el bosque espeso y hondo,  
 Aquí y allá, entre los árboles,  
 Van picando la tiniebla  
 Llamas rojas y brillantes.  
 Todo vive: la campana  
 Se balancea en los aires.....  
 ¡Acudid, almas en pena,  
 Que la misa va á empezarse!  
 Y en literas, en corceles,  
 En masa, por todas partes,  
 Llegan nobles y plebeyos,  
 Las princesas, los infantes,  
 Pecheros y campesinos,  
 Los obispos, los abades.  
 Suben por la escalinata;  
 Pasan la cancela; invaden  
 El templo..... Se oye que grita  
 La multitud anhelante;  
 Quiere entrar, y no es posible

Que penetre; ya no cabe.  
 Y por dentro..... ¡cuántos cirios!  
 Constelaciones radiantes  
 Que incendian los arabescos,  
 Hacen áscuas los altares,  
 Ponen flecos amarillos  
 A las columnas en haces,  
 E incrustan de pedrerías  
 Los ornatos de las naves.  
 Los candelabros de plata  
 Chispean..... ¡Cuántos arranques  
 De inesperadas fulgencias  
 Ciegan, en torno del ábside!  
 ¡Qué vívidas colgaduras  
 En los áureos barandales!  
 ¡Qué floridos ornamentos!  
 ¡Qué matices! ¡Qué contrastes!  
 Y abiertos en los atriles  
 ¡Cómo albean los misales!  
 La muchedumbre se agita,  
 Se encrespa, ondula, combate,  
 Como las aguas de un río  
 Que sienten estrecho el cauce  
 Y desesperadas bullen  
 Hasta saltar por las márgenes.  
 Todo brilla y resplandece:  
 La seda de los briales,  
 El brocado de los palios,  
 El oro de los collares,  
 Las dalmáticas de púrpura,  
 Los joyeles de brillantes,  
 El terciopelo de oscuros  
 Reclinatorios, y el traje  
 Heráldico y recamado  
 Del ejército de pajes.  
 La procesión se adelanta:  
 Cruzan, lentos, los ciriales,  
 Los incensarios voltean,  
 El humo borda los aires;  
 Rompe el órgano en sonoras  
 Armonías celestiales.....  
 La multitud se arrodilla,  
 Pasan obispos y abades,  
 Y toca en el campanario  
 La gozosa, la incansable.  
 ¡Acudid, almas en pena,  
 La misa va á terminarse!

## IX.

¡Cantó el gallo! Surgió el alba,  
 Y la lluvia de azahares,  
 Se diluyó en las azules  
 Invioladas claridades!  
 Llegó el céfiro, el heraldo,  
 El que despierta á las aves,  
 El que derrama en la yerba  
 A puñados, los diamantes;  
 Y el milagro de los sueños,  
 La orfebrería elegante,  
 De un solo golpe se hunde,  
 Se rompe, se vuela, cae,  
 Se esfuma, se desvanece,  
 Y se borra y se deshace.  
 Y en las rotas columnatas,  
 En los torcidos pilares,  
 En las truncadas agujas,  
 En los huecos de las naves,  
 Brillaron—hechas de átomos  
 Inquietos y centellantes—  
 Sutiles gasas de oro  
 Como girones de chales.....  
 Cuando el sol trazó en el cielo  
 Sus vivos arcos triunfales

Tras las montañas oscuras  
 Y las nieblas del paisaje,  
 Salió de la iglesia el triste  
 Misterioso caminante,  
 Tomó en las manos el seco  
 Nudoso bordón de viaje,  
 Y se alejó entre las brumas,  
 Y se perdió entre los árboles.  
 Quedó la ruina sola,  
 Con sus flores y sus aves.....  
 Una noche de Diciembre.....  
 ¡Cómo fué? ¡nadie lo sabe!

## X.

¡Cuento azul! sencillo cuento  
 De los tiempos medioevales!  
 Te pareces á mi vida,  
 Te pareces á los lances  
 De mi amor..... ¡Se te parecen  
 Tantas historias vulgares!  
 ¡Oh mi romántica! Mírame  
 Profundamente; que radien  
 En tus pupilas de ónix  
 Las arenas de diamante!  
 ¿Lo conocías? ¿Te agrada?  
 ¡Lo he contado bien?..... Pues dame  
 Tus manos, quiero tenerlas  
 Un instante, ¡un solo instante!  
 Me siento dichoso cuando  
 Con la mirada me aplaudes.  
 Dime: ¿Es cierto que está en ruinas  
 Tu corazón? ¿Que no late?  
 ¿Que están los nichos vacíos?  
 ¿Que se han caído los ángeles?  
 ¡Y que cantan los recuerdos  
 Alguna vez—fieles aves—  
 Y que las flores marchitas  
 De tu ternura se abren,  
 Si en tu nublada memoria  
 Brilla el sol de otras edades?  
 ..... Mi amor llegó: el taumaturgo,  
 El buen mago, el nigromante,  
 Hasta ese templo. Caía  
 La noche de los pesares.  
 Se acercó triste y cansado,  
 ¡Fué tan penoso el viaje!  
 Y en medio de las ruinas  
 Gritó: ¡Que asciendan las naves!  
 ¡Que resplandezcan los cirios!  
 ¡Que se adornen los altares!  
 Corazón: vive y palpita;  
 Soy el que esperabas: ¡ámame!  
 Mira: llegan en tumulto,  
 Fatigados, anhelantes,  
 —Dolientes almas en pena  
 Que de su sepulcro salen—  
 Ambiciones, esperanzas,  
 Y delirios, y ansiedades,  
 Las más nobles, las más ricas,  
 Las más bellas, las más grandes  
 Ilusiones—las princesas,  
 Y los ensueños—¡los pajes!  
 ¡Oh hermoso templo! Al conjuro  
 De mis deseos levántate.....  
 Mi felicidad te invoca.....  
 Va á amanecer..... Es muy tarde.....  
 Y mi amor, el taumaturgo,  
 Llama, y no contesta nadie.....  
 Y se pone de rodillas.....  
 ¡Y el milagro no se hace!

LUIS G. URBINA.